

EL BOLIGRAFO EN MARTES

EL BOLÍGRAFO EN MARTES

Oriento su posición. Saco la lengüeta posterior, que una vez abierta permite enfocar la cámara situada en el centro del borde superior, hacia mi cara. Busco el botón de conexión, en la aparente frágil y fina estructura. Enciendo el equipo. Paisaje y un símbolo de ojo me escudriña y aparece “hola Leonardo, te damos la bienvenida”. Leonardo, es el nombre que me he permitido asignarme, tiene ciertas connotaciones de carácter. Ya lo tengo en marcha, movilizo la tapa, el teclado y todo el conjunto. Siempre me sucede lo mismo, es una especie de nerviosismo antes de ponerme a escribir y en este caso con más motivo. Debo esperar a que surja la imaginación que me permita llevar adelante la trama. No es un tema médico habitual, no construyo el guión de una comunicación, clase o seminario. Debo esforzarme en el argumento.

Sobre el cristal de la mesa, a través del cual estoy observando los movimientos de mis pies, buscando la inspiración, veo mis manos, ya plagadas de manchas propias de mis años. Dispongo de la ventaja de una pantalla táctil, con el índice trabajo rápidamente en las búsquedas. Pero aquí no se trata de eso, ni de ver imágenes de técnicas quirúrgicas. Tengo que relatar una historia que convenza para que merezca un bolígrafo.

Hace dos días, leía de nuevo el *XL Semanal*, suplemento dominical al que soy aficionado, entre otras cosas, por sus firmas y por una popular sección, y digo popular, por ser donde muchos lectores remiten su carta con diversa temática. Todas las semanas, entre todas las recibidas, es premiada una, con un bolígrafo.

Al principio de este mes, mi amigo y anestesista de años, lo ganó. Prudencio, nombre que le asigno por apropiado para un anestesista, fue seleccionado y premiado por “la lección de historia de la medicina y reconfortante solidaridad humana”. Me lo había contado operando unos días antes. En su narración, se refiere a la epidemia de polio en Copenhague en 1952, el empleo del ambú y la creación de la primera Unidad de Críticos Pediátrica.

Se lo merecía ampliamente, no sólo por el relato, sino también por el cariño que le pone definiendo perfectamente la práctica profesional y sus antecedentes.

A Prudencio, le gusta recordar con cierta nostalgia e ironía, que de su época de estudiante en la facultad, la práctica del Rugby, le imprimió cierto carácter, o eso dice él, ayudándole a superar retos. Pero yo, que también lo practiqué, no creo que sea esa sola la razón, y sí su gran afición a la lectura. Cualquier “escritor” que se precie, debe ser ante todo un lector voraz. Además de algún otro mérito que hizo que su “carta de la semana” fuera un acierto.

Prudencio, supongo que ya estará escribiendo con el bolígrafo conseguido con la carta premiada, que ha supuesto que muchos compañeros y amigos nos hayamos planteado su lectura varias veces.

Precisamente esa lectura, me ha hecho pensar en la cantidad de tópicos que todos los días, de forma ya casi habitual, nos ponen al día de la evolución de los problemas de la pandemia. Por la mañana temprano, me levanto a las 6,30 y pongo una emisora de radio, que me acompaña incluso en el coche hasta el hospital. Es de obligado tema, además de otras partes, el de infectados, ocupación de camas, situación de las UCIs, y desafortunadamente

fallecidos. Pero, esta rutinaria información de la vida diaria, sólo es parte del reflejo de lo que está sucediendo.

La rutina tiene muy mala prensa, pero tal vez ayuda a dar una dosis de comodidad, fundamentalmente a primera hora de la mañana. Todos los días, las mismas noticias, o mejor dicho, el mismo argumento de conceptos. Nadie, ninguna emisora, o medio de comunicación, se ha desviado de esa rutina.

¿Quién ha valorado la repercusión de las mascarillas en los que tienen problemas de audición? No sólo me refiero a los pacientes, sino a los propios médicos, enfermeras, auxiliares, administrativos y demás personal. O sea, a la comunicación en general. Eso que se llama comunicación médico-paciente, paciente-médico, tan necesaria, y sobre todo cuando tenemos que resolver problemas de diferente índole, no sólo sanitarios; haciéndonos comprender y al mismo tiempo teniendo la inseguridad de si nos comprenden. Deduzco o me temo que no se ha empleado el sentido común para estimar el resultado causado

¿Tenemos claro el efecto, ya no psíquico, sino físico del confinamiento en los niños? Esa frase tan conocida “¡qué estirón ha pegado!”, en estos momentos es una verdadera urgencia. Músculo, tendón, fisis de crecimiento, huesos y demás integrantes del aparato locomotor en las extremidades inferiores, se han visto desbordados con verdaderos e importantes acortamientos que repercuten en el raquis. La inactividad física, de estos meses está provocando un aumento de las consultas por niños “acortados”. Un verdadero reto buscando soluciones a estas alteraciones, ya que no se pueden solventar de una forma rápida, participando en la misma los licenciados en ciencias de la educación física y deporte, que creo deben especializarse tanto en niños como en mayores.

La no asistencia a clase y hacerlo de forma virtual, no solo influye en el aspecto físico, sino que pienso que también debe incidir en las consultas de los psiquiatras infantiles, porque, ¿qué hacemos con el cansancio educativo? Yo llevo reflexionando, que eso ocurre tanto por parte de los educadores, como por los educandos y padres de familia. Ni qué decir tiene de los abnegados y dispuestos abuelos, sea el tipo de familia que sea, verdaderos expertos en ayudar y contemporizar.

Me acerco a la ventana, con este cielo azul intenso, sigo pensando que no sé si es el día para la inspiración, pero sí al menos, para recordar la cantidad de eventos sociales, como bodas suspendidas, conciertos, congresos y fundamentalmente los viajes, que me permitían la relación con mis compañeros y amigos, no sólo de Valencia sino de otros lugares. Situaciones que estamos por necesidad padeciendo y que nos han dejado colgados en casa o en el hospital.

Hoy el cielo, como he dicho, es de ese azul intenso, luminoso propio de un día de Fallas. Sopla una ligera y fresca brisa, casi con un atisbo de olor a azahar. Es un martes de la semana fallera, pero sin petardos, música, pasacalles, incluso sin olor a churrería, en resumen, sin Fallas. Yo pienso que no podemos olvidarlo. Afortunadamente algunos comercios y medios de comunicación se encargan de recordarlo, sin llegar a ser nada más que eso, un recuerdo.

Me viene a la memoria, recordando las noches de la Tuna de Medicina, el conocido bolero de los Panchos que decía: "hoy que no tengo fortuna estas tres cosas te ofrezco, alma, corazón y vida" y eso en este segundo año sin nuestras fiestas es lo que supone.

Sigo mirando el cielo y aspirando el aire. Total, sigo en la ventana. Mirar por la ventana, dicen que relaja, que abre la mente, a mí ni lo primero, ni lo segundo. Me he levantado de la mesa donde he abandonado el ordenador y varias cuartillas escritas con un bic normal. De los de toda la vida. Los que te permiten ir rápido. Sujeto entre los dedos, esperando que surja la inspiración.

El día huele a la primavera que está próxima a comenzar. Y con ello la luminosidad y el optimismo que acompaña. Los recuerdos de juventud y la proximidad de la manga corta. Por un momento, mis pensamientos van hacia planes playeros y viajes, que hace ya un año que no los disfruto . Creo que se me ha producido un subidón optimista.

Quiero oler a mar. Necesito el mar. Si pudiese lo expresaría con vehemencia, pero como estoy solo, dejaré en mi reflexión esas ganas de olerlo, de sentirlo, verlo, incluso notarlo. Está claro que no me podría separar de la proximidad al mar.

Sólo hace tres semanas, no pudo ser el mar, pero fui a Murcia por trabajo. Coincidí con un compañero de Sevilla que como yo, venía a dar unos seminarios. También hacía un año que no viajaba. Él venía en avión con escala en Madrid, para terminar en Alicante. Dos grandes aeropuertos, y mucho tiempo sin viajar, le ocasionaron un efecto parecido al síndrome de Stendhal, pero por otro motivo. Vamos, que yo que estaba emocionado y sorprendido de haber llegado a Murcia en coche, sin problemas, como en ocasiones anteriores, entendí que a él se le acrecentasen los síntomas, ya que como me comentó, la visión de grandes aeropuertos con sus capacidades no aprovechadas, producía algo mas que asombro.

Fue tema de conversación en la cena, que hicimos los dos solos, por motivos de las normas de la pandemia impuestas en la región

de Murcia. En un sitio amigo, y a una hora temprana. No es la plaza de la Santa Croce de Florencia, pero es también una plaza, la de San Juan, donde nos acomodamos en la espléndida terraza de la Parranda, y que después de tanto tiempo con restricciones, supuso un magnífico reencuentro con lo añorado. A las 22 horas, ya estábamos en el hotel. La parte buena, es que al día siguiente las fuerzas estaban muy recuperadas para continuar el maratón docente.

Ha sido lo único, digamos, algo excepcional. Soy un afortunado, he salido de mi localidad y he regresado. No he tenido que conectarme de nuevo a Zoom en soledad.

Ahora, inmóvil y atraído por la ventana, sigo disfrutando del día, aprecio este reciente recuerdo como casi un triunfo. Los esfuerzos para preparar las clases presenciales fueron los habituales, pero poder ir a darlas, ha sido todo un logro. Un dichoso quiebro a lo habitual. Te oxigena en todos los sentidos, ya que es importante el intercambio léxico, repasando conceptos, actualizándolos, leyéndolos de nuevo. Todo ello produce una más amplia capacidad de reflexión, permitiendo un espíritu crítico de intercambio, entre diversos colegas, compensando el no haber tenido la suerte de una formación filosófica y mucho menos ética, cosa que siempre he echado en falta.

El ordenar ideas en directo, con gente de diferentes puntos del país, es para mí tremendamente enriquecedor. Percibes sus conocimientos, pero también su nivel de valores.

Tanto el alumnado como la Universidad, eligen y apuestan por la presencia física, necesaria para transmitir. Ello supuso el retraso de fechas, pero mereció la pena. Los 25 alumnos del Máster, médicos de diversas especialidades, desde medicina forense, a cirujano

ortopeda, pasando por medicina del deporte y familia y otras, han acudido desde lugares tan distantes como Canarias o Galicia, para tener esa docencia presencial con sus exposiciones, casos clínicos y discusión. Aceptando las normas estrictas de protección impuestas por la pandemia.

No sería lo que lleva siendo, sin ese punto de filosofía, de proponer diversas alternativas, conceptos y gastronomía. Esto último, sin olvidar que Murcia fue capital gastronómica en el 2020, y debido a la circunstancia que todos conocemos, su condición ha sido prorrogada hasta este año. Ya veremos.

Paseo por la habitación. Me acerco a la mesa con el ordenador. Descargo mis pensamientos. Sigo sin arrancar, en todos los sentidos.

Ayer abrieron por fin los gimnasios. Menos mal, yo estaba ya deseándolo. No es lo mismo salir a caminar o realizar algunos ejercicios domiciliarios. Yo necesito una mayor disciplina. Ahora, poco a poco a retomar la forma o lo que se pueda. Sin prisas y valorando la elasticidad, escasa en mi caso, y el equilibrio tan necesario.

Además quiero poder viajar pronto, con menos peso corporal que el actual y así tener un margen para disfrutar de los productos culinarios, que tantos y tan variados tenemos. Antes, un poco de orden y sacrificio, para regresar a un mínimo correcto porcentaje entre mi masa grasa y mi masa magra. Tener cierto límite, que me permita recuperar, si se puede, la sana costumbre de practicar el animalismo social en las reuniones gastronómicas.

No es bueno obsesionarse, y menos tras un año como el que anteayer se cumplió. Hagamos proyectos fáciles y si son saludables mejor, pero con metas que nos ayuden a recobrar el espíritu social

tan nuestro. Será complicado. Hemos pasado de la afectividad en el saludo, a la distancia obligatoria. Ahora será la conveniente o la socialmente correcta. Ya veremos que pasa cuando podamos darnos la mano, y no digamos, dos besos y subiendo el listón cuando compartamos un plato de ensaladilla. No lo veo por el momento.

Sí, seguro, que se quedará con nosotros el lavado frecuente de manos. Afortunadamente, una enseñanza con una curva de aprendizaje no desdeñable, pero que se ha instaurado, así como una pulcritud envidiable, que jamás hubiésemos pensado. Esto ya compensa y pienso será protagonista de la readaptación en las costumbres sociales. No debemos confiarnos, ya que será de nuevo el principal escollo para la recuperación.

Otro paseo más por la habitación. De nuevo me dirijo a la ventana a contemplar el magnífico día. Sigo con la cabeza ocupada y mi paseo por la habitación es ya de nerviosismo. La sensación de ánimo esta mutando a la de miedo, porque no surgen las ideas que fomentan la inspiración. No se inicia el relato que me pueda hacer merecedor del bolígrafo. Definitivamente, mi imaginación y recuerdos, son los gestores de mi sistema nervioso, bloqueando la inspiración, creando una actitud negativa para redactar otro tema.

Me quedo mirando fijamente hacia la calle. Nada en especial. Los coches, autobuses, motos y demás vehículos que transitan. Pero hoy es el primer día sin colegio para muchos niños. Eso me lo ha recordado el número importante de jóvenes criaturas que pasean junto con sus padres, abuelos o cuidadoras.

Estoy absorto en esta contemplación y pienso en el reciente concepto de resiliencia. Sí, el tan hablado en los medios para reconocer la capacidad que tiene una persona para superar

circunstancias traumáticas. Como dicen los psicólogos, personas que a pesar de sufrir situaciones extremas, no son afectadas psicológicamente.

Sigo pensando en este concepto de resiliencia, que consulté en wikipedia hace unos días, y así poderlo comparar con el de optimismo. Ello se debió, a una conversación que tuve con un amigo y que motivó, como en el lejano oeste, el desenfundar los móviles para rápidamente comprobar el concepto. Es tremendo, ya no es que "lo miraré", es que lo miramos ahora mismo. Son verdaderos duelos de conocimiento con la ayuda de internet, ya que argumentamos nuestros conocimientos con la habilidad de la consulta rápida vía Google.

Pero la verdad, es que quedó en tablas, ya que desglosando la definición de resiliencia, también puede ser definida como un proceso de competitividad, donde la persona debe adaptarse positivamente a las situaciones adversas. Vamos, que se tiene que tirar "*p'alante*" con ganas, o con optimismo, ya que para mí es precisamente ese optimismo el catalizador.

Yo no sé si los niños saben lo que es la resiliencia, pero estoy casi convencido de que no. Incluso también me planteo la duda de si en su casa la conocen. Pero lo que tengo claro es que los veo a todos optimistas, caminando por la calle, disfrutando del magnífico día, y solo desearía que ese sano espíritu contagiase a todos desafiando las condiciones adversas que notamos en mayor o menor grado los adultos y que todos hemos tenido y tenemos.

Seguro, que no se me ocurriría decirles a estos niños que son unos fantásticos resilientes, no vaya a ser que se líe y piensen que vengo de otro planeta. Sí les diré, que son unos magníficos optimistas.

Hoy nos intentan culturizar sin recomendar la lectura, y eso es difícil. Leyendo aprendes no sólo palabras, sino, y lo mas importante, a soñar, a vivir situaciones, a imaginar mundos. En conclusión, que si nos bombardean con términos novedosos nos podrían también incentivar la lectura, pero claro, eso debería ser desde pequeños.

Yo recuerdo a Enid Blyton, Julio Verne, Mark Twain, Juan Ramón Jiménez y fundamentalmente el libro gordo con tapas verdes que tenía mi padre del compendio de cuentos de los hermanos Grim. Pero también los tebeos, los libros de ciencias naturales, el selecciones de Reader's Digest... Libros de aquella época que me hicieron disfrutar cuando pequeño. Recuerdo especialmente el Billiken, revista Argentina que recibía enrollada desde Buenos Aires, mandada por Leopoldo, tío de mi padre que como tantos otros españoles emigró a aquel país. Todos ellos me hicieron disfrutar y aficionarme a la lectura.

Afortunadamente y a pesar del empuje de los libros digitales, los de papel siguen. Los libros mantienen una permanencia en el tiempo muy fuerte, son fuentes de conocimiento insustituible y tienen algo personal, su tacto, plegar la punta de la hoja, señalar, subrayar y hasta la manera de ordenarlos al guardarlos.

Pero libros y redes sociales se complementan bien y pienso deben avenirse a un futuro en común, cumpliendo las demandas sociales actuales y que han sido resaltadas por el confinamiento.

Últimamente existe una oferta de literatura infantil, que ayuda en la tan nombrada resiliencia y en la afición a iniciarse en la lectura. Por eso soy optimista. Pienso que ser optimista es una obligación tanto individual como colectiva, y mucho más con todo lo que tratamos habitualmente en nuestra profesión.

La gente sigue paseando a buen ritmo, el tiempo acompaña, Las mascarillas variadas en su diseño y forma, son denominador obligatorio, transmitiendo un sentido de anonimato al flujo de personas. Espero impere el sentido común, para saber qué hacer con tanta mascarilla al eliminarla. La verdad, es que está distraído el espectáculo, y así deben pensar un par de vecinos de enfrente que creo que están haciendo lo mismo que yo. Unos minutos de contemplación holgazana.

Me fijo en que los jóvenes y los menos jóvenes, van en su mayoría con zapatillas deportivas. Cuando se permitió la salida en determinadas franjas horarias, el andar, pasear, trotar o correr al aire libre, fue lo primero que provocó el éxodo masivo domiciliario. Ejercicio físico, que no deporte, conceptos totalmente distintos, se ha incrementado, afortunadamente, siendo un sector en auge. Lo cierto, viendo lo que estoy viendo, es que la moda de la zapatilla deportiva acompaña al recurso natural de andar como mejor fórmula de desahogo.

Es increíble el número de repartidores en moto o bicicleta que salen de los negocios de comida próximos. Es cierto, que por la noche llama más la atención, pero también durante el día. Merece un análisis de costumbres gastronómicas y dietas, que en mi caso es fácil. He engordado y cocino más que nunca. Confío, como he dicho, en mi segundo día de apertura del gimnasio y en ordenar un poco mi dieta "saludable".

No es como cuando estás de vacaciones y transgredes las normas, pero con unas fechas establecidas. En este momento, no sabemos cuando saldremos de esta situación, por lo que antes de que nuestro médico nos llame al orden tendremos que revisar nuestra

dieta, con sinceras muestras de arrepentimiento y propósito de enmienda.

De momento, el miércoles de la próxima semana me pondrán la segunda dosis de la vacuna Pfizer en el Colegio de Médicos. Así, para San Leonardo, el próximo día 30 de marzo, ya estaré en fase de inmunización, celebrando mi santo.

La primera dosis, fue un éxito de organización. Supuso la oportunidad de coincidir con compañeras y compañeros a los que no saludaba desde tiempo. Tengo que decir que fue hasta divertida la situación que se produjo. Las mujeres iban preparadas, pero los hombres, la mayoría, realizaron un verdadero ejercicio de contorsionismo. Al mismo tiempo que se desvestían, intentando mantener el hemicuerpo contrario cubierto, para facilitar el pinchazo en el brazo elegido, se producía un desacople a nivel de la cintura, resto de la camisa y de los pantalones. Eran cuatro enfermeras, las que muy amablemente iban distribuyendo esta primera dosis en perfecta armonía, pero toda esa brillante y seria logística se fue diluyendo al aumentar el número de descamisados, que ofrecían sus anatomías en equilibrio, a la curiosidad del resto de asistentes, que no podían del todo ocultar la sonrisa debajo de la mascarilla.

Ya lo he comentado, pero tengo unas ganas muy importantes de viajar. Se me van las ideas pensando en destinos ya habituales en otras ocasiones, pero necesarios precisamente por ser ya conocidos. Jerez, el pueblo de mi padre, tiene próximo el mar y la sierra. Gastronómicamente, no nombraré nada, pero se me produce el efecto Pavlov nada más recordarlo. Pienso en sus vinos, precursores en otras épocas de remedios medicinales caseros contra la gripe, resfriado o anemia. Dos yemas de huevo batidas en un vaso de oloroso, era un tónico que se popularizó el siglo pasado

y anterior. Incluso se daba, no solo a pacientes adultos convalecientes, sino también a niños mayorcitos.

Cuando vas a Jerez y visitas sus bodegas, te invade el olor a vino, a soleras, a botas. Recuerdo de pequeño, de chico como dicen allí, que el olor impregnaba los barrios con cascotes de bodegas, con sus ventanas orientadas hacia el Atlántico. En la de Domeq, te cuentan la conocida frase que el doctor Alexander Fleming pronunció en su visita: " mi penicilina cura a los enfermos, pero este vino resucita a los muertos", dejándola escrita y firmada en una bota.

Qué recuerdos, con mis buenos amigos médicos de Jerez, Cádiz y Sevilla por los barrios de Santiago y de San Miguel, buscando algún tabanco donde comprobar las propiedades curativas de sus vinos, que dicen son antioxidantes, cien veces más efectivos que la vitamina C y veinticinco veces mejor que la vitamina E.

Aquí, en mi barrio, sólo queda sucumbir a la tentación de salir y dirigirme a la Albariza, nombre que le puso su propietaria enóloga por su cariño a las tierras blancas donde se crían los vinos de Jerez. Como buena aficionada y entendida, tiene una magnífica oferta de vinos de la uva palomino: fino, oloroso, palo cortado, amontillado y cream, con muy buena aceptación en compañeros médicos que coinciden en el local.

Pero si hablamos de colonización médica vinícola, me debo referir a la Sacristía, donde "el socio" y "su reina", promueven su oferta de vinos valencianos, riojanos, de la ribera del Duero y otras tierras. Ahora no, pero antes de las restricciones he llegado a identificar numerosas especialidades médicas, como médicos del trabajo, oncólogos, médicos de familia, anatomopatólogos, anestesistas, neurofisiólogos, odontólogos, psiquiatras, ginecólogos, traumatólogos y seguro alguno más que me dejo, debido a este

último año de poca cercanía al local. Todos atraídos por las propiedades del vino, que entre otras, produce un aumento de endorfinas y por lo tanto una vida más dichosa, disfrutando de uno de los mejores caprichos.

Es decir, que puedes hacer una interconsulta sin problemas, pero enológica. Está claro que aquí no existe la variedad de vinos de la uva palomino, que en la Albariza tienen para mí un protagonismo, pero ambos sitios merecen mi recuerdo y tengo que vencer la tentación de visitarlos antes de que sean las seis de la tarde. Debemos mantener y concienciar las normas. Ya hemos visto y en primera línea, las consecuencias de no hacerlo.

Ha transcurrido la mañana soleada de este martes de Fallas y voy a por la tarde. Me he dedicado a divagar. Creo que las manchas no sólo me están saliendo en las manos.

El día 20 comienza la primavera, los días más largos, más luz, más liberación hormonal que produce una sensación de cierto alivio del stress, placer y felicidad. Yo siempre me he identificado con este estado de ánimo, más que con el tan empleado de "astenia primaveral", que conduce a un aumento del consumo de complejos vitamínicos para combatir la falta de energía, cansancio y poca implicación. Yo me apunto de nuevo al optimismo, favorecido por un aumento de horas de luz y una mejor temperatura. La astenia primaveral, no deja de ser un fenómeno adaptativo, que debe compensarse lo antes posible con ejercicio y actividades al aire libre, disfrutando de la magnífica estación que, como dice el popular refrán: "la primavera, la sangre altera".

Me siento de nuevo, miro el ordenador, me distraigo con los movimientos nerviosos de los pies y paso a hacer ejercicios de activación circulatoria: puntillas-talones, que el cristal de la mesa me

permite valorar. Pretexto para, estando sentado, transcurra el tiempo sin llegarme las ideas, que accedan al inicio de la redacción de la carta y optar al premio del bolígrafo, igual que Prudencio.

Seguro que si hubiese habido música y petardos, no sólo el pasar de los coches, la inspiración habría llegado, o al menos me hubiese proporcionado una excusa de peso, y no el ir de recuerdos en recuerdos que podrían prolongarse sin llegar al propósito que tomé al encender el ordenador.

Desolación, esa podría ser la palabra, pero no se puede ser complaciente y buscar refugio en cualquier excusa. Ya he acreditado que tenemos que ser optimistas por obligación. Seguro que tendré esa oportunidad, pero no creo que sea este martes de Fallas, el del bolígrafo. No será el bolígrafo en martes.

Paso el índice por la pantalla del ordenador hasta la esquina inferior izquierda. Pulso sobre inicio/apagado. Señalo apagar. Apagando el equipo, esta es la respuesta. Unos segundos y la sensación es maravillosa. Creo que me voy a “colonizar”, o bien la Albariza, la Sacristía o el gimnasio. Aún no lo he decidido, pero saldré antes de las seis de la tarde. Hay que cuidarse.

Valencia. Martes 16 de Marzo del 2021

Segundo año sin Fallas.